

# **CONFERENCIA DEL MAESTRO** **OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

## **EL MAESTRO PETAR DUNOV**

**París, 12 de marzo de 1938**

---

Esta tarde, quisiera hablaros de mi Maestro, Petar Dunov. Una conferencia es insuficiente para todo lo que hay que decir, pero procuraré ser lo más simple y claro posible y contaros hechos y acontecimientos vividos que os permitirán formaros fácilmente una idea de él.

El Maestro Petar Dunov es un ser de una espiritualidad muy elevada que ha dado, durante toda su vida, ejemplo de pureza, de sabiduría y de inteligencia. Hace años se estableció cerca de Sofía donde imparte su Enseñanza en un lugar llamado Izgrev (lo que significa «salida del sol»). Allí, un gran número de discípulos viven en casas pequeñas, luminosas, rodeadas de jardines floridos, pero sin cercas, de forma que todas esas habitaciones parecen agrupadas en un mismo parque.

Por su poderosa irradiación, por sus palabras y su ejemplo, el Maestro realiza maravillas a su alrededor; varios miles de hombres y de mujeres búlgaros y extranjeros se han hecho discípulos suyos. Su Enseñanza, basada en las leyes armónicas de la naturaleza, aporta numerosos métodos psicológicos y pedagógicos susceptibles de mejorar la vida de todo ser humano; ya se han editado 70 volúmenes de conferencias, taquigrafiadas por sus discípulos.

En la Enseñanza del Maestro, la música y los cantos ocupan un lugar preponderante, ya que la música es considerada como un medio poderoso para ponerse en relación con las fuerzas constructoras de la naturaleza y restablecer el equilibrio físico y psíquico. El propio Maestro ha compuesto numerosos cantos y creado una clase de danza rítmica, la paneuritmia, que puede ser ejecutada por centenares de discípulos que evolucionan formando un amplio círculo alrededor de una orquesta. La paneuritmia se danza al aire libre, por la mañana, después de la salida del sol. Ejerce una influencia favorable sobre el sistema nervioso. Todos los gestos, aunque muy simples, son de una gran

belleza plástica; corresponden a una profunda ciencia de la estructura psíquica de los seres y de las leyes acústicas. El Maestro ha enseñado, igualmente, unos movimientos de gimnasia que también son ejecutados por la mañana, preferentemente antes que la paneuritmia. Estos movimientos, que armonizan todas las células, refuerzan el organismo y mejoran la salud.

El Maestro preconiza el ayuno. Todos los discípulos ayunan cada semana desde el mediodía del jueves hasta el mediodía del viernes. Durante estas 24 horas, no toman ningún alimento sólido sino solamente agua caliente previamente hervida, la cual, al facilitar la eliminación de los residuos, contribuye también a la purificación. Los que ayunan cinco, diez o más días, lo hacen según los consejos del Maestro y bajo su dirección.

La Enseñanza del Maestro excluye el tabaco, el alcohol y la carne. Las comidas vegetarianas tomadas en común llevan a los discípulos a apreciar cada vez más el poder del comportamiento fraterno.

En verano, la Fraternidad se reúne alrededor del Maestro en las montañas de Rila, escogidas como lugar de reunión porque, geológicamente, son las cimas más antiguas del globo. Desde tiempos inmemoriales, los templos de las más altas iniciaciones se levantaron sobre estos montes de Rila, pero acontecimientos que sería demasiado largo relatar, obligaron a los Iniciados a transportar estos templos al Tibet. Así pues, durante varias semanas, la Fraternidad acampa junto a los siete lagos de Rila. Para llegar hasta allá arriba, hay toda una larga caminata a pie... Imaginemos, si queréis, que nos encontramos con los hermanos y hermanas que suben al campamento. Acabamos de atravesar el bosque y, después de siete horas de ascensión, alcanzamos el primer lago desde donde vemos, a un nivel mucho más elevado, el borde vertical del campamento. Allá arriba, algunos hermanos y hermanas han llegado ya a fin de prepararlo todo para los demás: el agua caliente para las bebidas y los baños, las hogueras, las comidas y las tiendas. Aperciben nuestro grupo, nos hacen desde allí arriba señales de bienvenida y nos acogen con cantos. El aire resuena con marchas entusiastas y subimos la última pendiente que nos lleva al campamento con un sentimiento de inmensa alegría...

Durante los días siguientes, nuevos grupos de discípulos vienen a unirse a nosotros. Entre ellos los hay jóvenes, pero también viejos que no dudan en hacer esta larga ascensión para rejuvenecerse y alegrarse con el contacto de su

Maestro. Al alba, cuando todos duermen aún profundamente bajo la tienda, oímos de pronto el sonido de un violín que nos despierta con dulzura interpretando la melodía del canto: «Despierta hermano mío para ver la salida del sol». Nos levantamos, nos lavamos, y después, silenciosamente, subimos por un estrecho sendero que conduce a la cima llamada «de la Oración», desde donde veremos salir el sol. La atmósfera es pura, la aurora empieza a despuntar.

Es muy emocionante ver esta larga cadena de hermanos y hermanas que suben en silencio. Llegados a la cima de la Oración, nos encontramos sobre una especie de plataforma rocosa. Cada uno escoge su sitio, se sienta y se concentra esperando la salida del sol. Cuando el Maestro llega, nos levantamos para darle la bienvenida y después volvemos a nuestras meditaciones y a nuestras oraciones, esforzándonos por beber las fuerzas etéricas que brotan por todas partes en el horizonte. Cuando el sol aparece, entonamos un canto en su honor y un inmenso gozo llena nuestras almas.

Toda la naturaleza, las rocas, los árboles, los ríos, los lagos, vibran al unísono con este poder de vida que proyecta el sol. Juntos rezamos, elevando nuestras almas hacia Dios. La oración es mejor recibida cuando se hace en el aire puro de las cumbres, con un cerebro despierto y un corazón lleno de alegría. Después de los cantos y de las oraciones, el Maestro da una conferencia en la que muestra al discípulo la belleza de la vida razonable, la gran sabiduría escondida en las menores cosas de la naturaleza y el ideal que cada uno debe realizar: ser un servidor del Cielo, un conductor de la vida divina.

Acabada la conferencia, todos descendemos de nuevo hacia el campamento. Allí hacemos unos ejercicios respiratorios, indicados por el Maestro, y que están destinados a desarrollar nuestras cualidades físicas y psíquicas. A continuación, todos juntos hacemos los ejercicios de gimnasia; después bailamos la paneuritmia en una vasta pradera que se extiende cerca de otro lago. Varios cientos de discípulos bailan y cantan formando un amplio círculo en cuyo centro se encuentran la orquesta y el Maestro. El Maestro tiene ahora 74 años, pero supera a todos sus discípulos en belleza, vigor y agilidad. Sus gestos son flexibles y armoniosos, y se desprende de su persona una irradiación que, necesariamente, todos sienten. Su presencia en el centro del círculo da ímpetu a todos los discípulos. Cuando se ha acabado la

paneuritmia volvemos de nuevo al campamento. Ahora, cada uno es libre de comer, de pasearse o de trabajar según sus gustos.

Mediodía nos junta de nuevo, y formamos un gran círculo en el centro del campamento. Los discípulos, que por rotación aseguran cada día la preparación de las comidas, cocidas en enormes calderos y grandes ollas, distribuyen la comida. Comemos en silencio, con gozo y recogimiento. Terminada la comida, de nuevo estamos libres. Por la tarde, el Maestro hace una conferencia, o a veces nos lleva de excursión a visitar otras cumbres de la cadena de Rila. Alguna vez llegamos a andar 14 horas en un solo día, pero gracias al Maestro, que nos dio un método para andar mucho tiempo sin cansarnos, nunca nos agotábamos.

Por la noche, después de la cena, se enciende una gran fogata en el centro del campamento. Todos vamos a sentarnos a su alrededor, rezamos, y después cantamos a coro cantos compuestos por el Maestro. Nuestro deseo es que baje desde lo alto del campamento donde se levanta su tienda, y venga con nosotros ante la hoguera. Cantamos con ardor en medio de la noche mirando de vez en cuando hacia la tienda del Maestro con la esperanza de ver aparecer allí la señal luminosa que nos prevendrá de que nuestro deseo se ha visto cumplido. De repente, surge la señal; nuestra alegría es inmensa, y entonamos el canto que lleva el nombre de «Saludo al Maestro»: «Oh Señor, tú Maestro mío, condúceme tras tus huellas... » La señal luminosa producida por la mano de un hermano se pone en marcha en la noche, y desciende lentamente por el sendero que conduce a nuestro fuego de campamento.

El Maestro llega al fin cerca de nuestro círculo, que se abre para dejarle un sitio delante del fuego, y se cierra de nuevo tras él. Los cantos se reanudan... La noche azul llena de estrellas parece participar con su silencio y su grandeza en las emociones místicas que estamos viviendo. Después de los cantos, algunos hermanos y hermanas recitan versos, tocan el violín o la guitarra... Se acercan las diez, y el Maestro se levanta para pronunciar una oración que recitamos todos juntos. Damos gracias por las bendiciones que hemos recibido durante esta jornada, y después nos separamos y regresamos a nuestras tiendas para dormir.

Algunos se quedan aún sentados junto al fuego que se extingue para contemplar el cielo estrellado y los reflejos de la luna en la superficie tranquila del lago. Una paz maravillosa baja sobre ellos, se sienten en perfecta unión

con el universo, y su vida adquiere un sentido extraordinario que ya no olvidarán. Después, cuando ya todos duermen en el campamento, regresan finalmente a su tienda para dormir hasta que el violín les despierta, al alba, para volver a empezar una nueva jornada en la luz.

En el transcurso de estas estancias en montaña, el Maestro nos llevó a menudo de excursión a la cumbre del Moussala (la montaña más alta de Bulgaria) mientras llovía o nevaba; probaba así nuestro aguante y nuestra fe. La tormenta se desencadenaba a nuestro alrededor; las rocas y el suelo electrizados descargaban ondas difícilmente soportables. El agua chorreaba sobre nosotros; de nuestros cabellos y de las barbas de algunos hermanos salían chispas. Avanzábamos sin una queja, guiados por el Maestro, siempre estoico y ágil. ¿Cómo describir las impresiones que sentíamos entonces? Únicamente los que han vivido horas de una tal tensión física y moral pueden comprender hasta qué punto templan éstas almas y espíritus...

Después de uno o dos meses de vivir esta vida nos sentimos transformados. Así, cuando bajamos de nuevo a las ciudades para reanudar nuestras tareas cotidianas, sabemos ayudar mejor a los seres que nos rodean con nuestros consejos y nuestro ejemplo. Les mostramos que todos los hombres son capaces de vivir de forma diferente a la que viven y de crear el Reino de Dios en la tierra, siempre que comprendan que la buena voluntad, el amor y la fraternidad son bases fundamentales de la existencia.

¿Qué es un Maestro? Es un ser que ha llegado a controlar, a dominar sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos. Quizá objetaréis que esto no es gran cosa... En realidad, todo está ahí. Dominar los propios pensamientos, sentimientos y actos presupone unos métodos, una disciplina especial, un saber profundo concerniente a la estructura del ser humano, a las fuerzas que circulan por él, a las correspondencias que existen entre su ser (sus órganos y sus diferentes cuerpos) y los diferentes componentes de la naturaleza. Ser dueño de sí mismo supone, también, conocer a las entidades del mundo invisible y la estructura del universo entero. Un Maestro es un ser que ha resuelto los problemas esenciales de la vida; es libre, posee una voluntad fuerte, pero por encima de todo, está lleno de amor, de bondad, de dulzura y de luz. Para llegar a ser un Maestro, ¡cuántos trabajos, cuántos estudios y cuánta perseverancia son necesarios!

Desde luego, se puede considerar que todo aquel que nos enseña algo es un maestro para nosotros y, de esta manera, todos los hombres tienen uno o

varios maestros. En Occidente, se llama «Maestro» a los abogados, a los profesores, a los pintores, a los escritores... Está bien; a menudo estos seres tienen talento, conocimientos, pero muchos de ellos no han resuelto los grandes problemas de la vida, no dominan su destino, no saben conducirse y, con frecuencia, llevan dentro de sí deseos y pasiones terribles que les atormentan y que se ven forzados a alimentar. Por eso no son realmente Maestros en el sentido iniciático.

Los verdaderos Maestros son poderosos porque han conseguido armonizar su filosofía y su conducta. Son los primeros en poner en práctica lo que enseñan en su vida personal. Son ejemplos vivientes... Y ser un ejemplo viviente es ser un manantial, como os dije en mi primera conferencia, un manantial que atraería a las plantas, a los animales y a los hombres. Por eso alrededor de un Maestro viven los discípulos. En Bulgaria, el Maestro Petar Dunov tiene cuarenta mil discípulos. En cada ciudad se han formado fraternidades de seres que procuran vivir de acuerdo con las reglas del amor, de la sabiduría y de la verdad.

Cuando asistís a un concierto que interpreta un gran virtuoso, estáis embargados por las más profundas emociones y quisierais llegar a ser como él. Un pintor, un poeta, producen también en vosotros el mismo estado. Un verdadero Maestro, como los artistas, actúa sobre el alma de los demás con un indecible poder porque vive la vida espiritual, al igual que el verdadero poeta vive la poesía y el músico la música. Trae con él un mundo al que son sensibles todos los que se le acercan. Encontrar un Maestro así, es algo de un valor extremo, pero aún más valioso es trabajar para llegar a ser como él.

La mayor bendición para los hombres es tener un Maestro que venga a guiarles, a dirigirles, a iluminarles. Desgraciadamente, es raro que los hombres le escuchen. ¡Cuántos Maestros fueron, en el pasado, quemados y exterminados! ¡Y cuántos de ellos también tuvieron que dejar el mundo, abandonándolo a sus propios sufrimientos!...

Grandes desgracias se abaten sobre la humanidad porque se ha negado a escuchar a los grandes Maestros; se ha burlado de ellos, les ha ridiculizado, y por eso ahora ya no tienen guías seguros que le digan cómo librarse de sus dificultades.

Hace diez siglos nació en Bulgaria una Enseñanza espiritual de gran alcance que se propagó en casi toda Europa; era la corriente bogomila. Los

Bogomilos eran extremadamente puros y virtuosos, y estaban dispuestos a dejarse martirizar y quemar antes que renunciar a vivir según las reglas del Evangelio; entre ellos se encontraban Iniciados y grandes Magos que la muchedumbre escuchaba y seguía. Pero, en todos los tiempos, los seres luminosos han estorbado a los hombres de mentalidad estrecha que quieren vivir en la oscuridad, la ignorancia o la codicia. Los Bogomilos fueron perseguidos. Muchos fueron asesinados; otros abandonaron Bulgaria y fueron a establecerse unos a Italia y otros a Francia, dando origen a los Cátaros, los Albigenses, etc. Algunos se refugiaron en Alemania y en Inglaterra, pero fue en Francia donde floreció el más grande movimiento espiritual nacido bajo la influencia de los Bogomilos.

Bulgaria fue cruelmente castigada por los crímenes que había cometido con los Bogomilos: durante cinco siglos tuvo que sufrir la dominación de los turcos; miles de personas fueron degolladas, ahorcadas, o vivieron en una esclavitud indescriptible.

En nuestros días no existen ya prácticamente persecuciones religiosas, pero como los seres puros y santos permiten, por contraste, discernir la codicia, la vanidad y la maldad de los que les rodean, se atraen fatalmente su animosidad; y si, en este terreno, los gobiernos y las Iglesias no pueden ya cometer injusticias, algunos individuos, que ocupan a veces puestos oficiales elevados, hacen uso de los poderes que les dan sus funciones para defender sus intereses particulares, incluso a expensas de los intereses de su patria y de su religión. Tales conductas no son raras, desgraciadamente. Lo mismo que antaño, en que la pureza de costumbres de los Albigenses ponía de relieve, sin pretenderlo, los móviles puramente terrestres de los papas y del clero, también en nuestra época, la vida de los verdaderos Maestros hace resaltar lo que hay de excesivamente humano en la actitud de ciertos cristianos y de ciertos sacerdotes que pretenden haber heredado todos los bienes espirituales prometidos por Cristo, cuando viven, a menudo, menos honestamente que muchos ateos, por eso tales seres encuentran fatalmente en su camino a hombres que se ensañan en su destrucción.

Cuando el Maestro empezó a trabajar en Bulgaria, se topó, en primer lugar, con este obstáculo. Traía la nueva vida mostrando a los hombres cuán alejados estaban de la verdadera enseñanza de Cristo. Evidentemente esto no gustaba a los obispos de la Iglesia ortodoxa que consiguieron obtener del

gobierno que el Maestro tuviera que exilarse de Sofía. Fue enviado a Varna donde yo habitaba. Fue a finales de 1917.

Este exilio del Maestro en Varna fue para mí un feliz acontecimiento, ya que gracias a eso yo le conocí y mi vida se orientó definitivamente. El Maestro permaneció varios meses en nuestra ciudad donde pronto estuvo rodeado de seres inteligentes y adictos que le manifestaban un gran afecto...

No puedo contaros en detalle las caminatas que hacíamos por la mañana, a la salida del sol, en las colinas de Varna. No podéis imaginar la belleza de los colores de la mañana y el esplendor del sol naciente sobre el Mar Negro. ¡Cuántas veces los dos, el Maestro y yo, estuvimos sentados bajo las caricias del sol! Nos desdoblábamos y él me llevaba al otro lado para que aprendiese allí las realidades del mundo invisible. Pero estos son acontecimientos muy preciosos de mi vida íntima y no pienso que éste sea el momento de hablaros de ellos.

Después de pasar varios meses en Varna, el Maestro fue llamado de nuevo a Sofía. Cuando se ataca a un ser puro, toda la maldad que se le envía es rechazada por su aura luminosa, y el mal cae encima de la cabeza del ser que lo ha concebido. El salmo 91 dice:

...Caerán a mi lado mil y diez mil a mi derecha, pero todo y así ningún mal me alcanzará.

Con sólo abrir los ojos, veré el castigo de los malvados,  
pues yo he hecho del Señor mi refugio, y del Altísimo mi defensa...

Esta promesa sólo es válida, evidentemente, para el que cumple la voluntad de Dios, para el que ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todo su pensamiento y con toda su fuerza y puede sacrificar completamente su vida para la realización del Reino de Dios en la tierra.

Todos tenéis el deseo de encontrar un día, en vuestra vida, a un Maestro que os revele la verdad; pero también sabéis que esto es extremadamente raro, e incluso algunos están convencidos de que los grandes Maestros se esconden en alguna parte del Tibet, en la India, en Japón, o bien en África, pero que no están en Europa. Somos, pues, extremadamente privilegiados en Bulgaria, al tener junto a nosotros a un Maestro de este valor. Nuestro gozo es inmenso por vivir con un ser tan luminoso, lleno de amor y de bondad, por poder oírle



y verle en los más simples detalles de la vida cotidiana. Es una gran ventura tener un Maestro capaz de responder a las preguntas más oscuras sobre la existencia del alma, de los otros mundos y de sus habitantes, capaz de explicar cómo puede el hombre comulgar con las fuerzas de la naturaleza, con los genios planetarios, pero también cómo puede conservar o restablecer la salud mediante la nutrición, los ejercicios de respiración, de purificación, etc.

Cuando el Maestro se encuentra en nuestra colonia de Izgrev (allí habita en medio de la Fraternidad), nos damos cuenta instantáneamente. Hasta se diría que el aire vibra de otra forma. Todos los hermanos y hermanas se apiñan a su alrededor y se eleva un rumor que se oye desde muy lejos. Cada día, desde la mañana hasta la noche, vienen personas a visitar al Maestro para pedirle consejo sobre problemas personales y, tres veces por semana, da conferencias.

El Maestro habla de una forma sorprendente. Cuando da sus conferencias, nunca las lee ni cita a numerosos autores, como hacen la mayoría de los conferenciantes. Se deja guiar por la inspiración, y como siente todo aquello que preocupa a los que están en la sala, habla para responder a sus preguntas con el fin de ayudarles a resolver sus problemas; muchos, al salir, tienen la impresión de que el Maestro ha hablado para ellos.

A menudo le he llevado amigos para que le conozcan. Antes de entrar a su casa hablábamos juntos de todo tipo de temas. Pues bien, el Maestro, en cuanto llegábamos, proseguía nuestra conversación en donde nos habíamos parado. Hacía preguntas precisas a mis amigos sobre lo que acababan de expresar, y éstos quedaban estupefactos. Esto se produce con extrema frecuencia. Todos los discípulos del Maestro saben que lee los pensamientos. Tenéis entre vosotros a una hermana francesa, Estella Bellemin, que fue a Bulgaria a ver al Maestro y se asombró al ver que conocía todos los detalles de su vida, los amigos que tenía en Francia, etc. También le sorprendió su rostro, tan vivo y luminoso. Ella podrá contaros un día todo lo que vio y aprendió en la Fraternidad de Bulgaria.

¿Qué diferencia hay entre los estudios que se cursan en la Universidad y los que se hacen al lado de un Maestro? En la Universidad, se enseña todo aquello que es exterior a la vida, y después de varios años de estudio, uno se encuentra en el mismo estado, con las mismas flaquezas, los mismos vicios. Desde luego, quizá uno se ha convertido en un sabio, en un ser distinguido,

célebre, ha aprendido a manipular instrumentos, a declamar, a servirse de su lengua, y hasta a ganar mucho dinero; pero las posibilidades de deformar la mentalidad de los demás han aumentado también. Por el contrario, el que ha estudiado con un Maestro, constata, después de un cierto tiempo, una profunda transformación en de sí mismo: su discernimiento, su fuerza moral, sus posibilidades de acción exterior e interior han aumentado.

Estudiar en la Universidad, es analizar un fruto en el laboratorio con la ayuda de todos los procedimientos físicos y químicos, es aprender de qué elementos se compone la piel, la pulpa, las pepitas, el jugo, pero sin probar nunca el fruto, sin estudiarlo nunca con ayuda de los instrumentos naturales que Dios ha puesto a nuestra disposición, sin experimentar sus efectos. Por el contrario, junto a un Maestro, no se estudia nada de todo esto, pero se come el fruto, y se apercibe uno poco después que todos los engranajes del ser humano se han puesto en actividad, se han vivificado, equilibrado: el cerebro, el corazón, la voluntad, etc. Con ayuda de todas estas posibilidades, el discípulo de un Maestro puede lanzarse al estudio del gran libro de la naturaleza; en él descubre los aspectos físicos, químicos, astronómicos, mejor explicados que en las obras de los universitarios, y ve cómo están relacionados entre sí.

No penséis que soy hostil a las Universidades. He sido estudiante durante muchos años y he seguido los cursos de diferentes disciplinas. Una vez obtenidos los diplomas de fisiología y pedagogía, seguí los cursos de matemáticas, de física y de química. Decían de mí, irónicamente, que era el eterno estudiante. Pero pronto comprendí el tiempo que había perdido. Olvidé entonces voluntariamente muchas cosas, al darme cuenta de que eran un velo tendido entre la realidad y mi vida. Es útil profundizar en ciertas disciplinas, pues cada una de ellas nos revela un aspecto del universo y de la vida, pero dada la manera cómo se estudia actualmente, sólo se penetra en el lado muerto de las cosas. Se darán cuenta un día que es necesario vivificar las ciencias, es decir, reencontrarlas de nuevo en todos los campos de la naturaleza. Entonces las fórmulas matemáticas, las formas y las propiedades geométricas nos hablarán con otro lenguaje; y se descubrirá que son las mismas leyes las que rigen nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos. Esta es la ciencia que considero la verdadera ciencia. De momento, se conoce demasiada astronomía, anatomía, matemáticas, sin relacionar estas ciencias entre sí, sin relacionadas con la vida. Todos los conocimientos están dispersos y sin conexión alguna; por eso no nos son de utilidad alguna en la existencia.

Comprendedme bien, no tengo nada contra los conocimientos o contra los profesores, pero quiero conocimientos que vengan de los grandes Maestros, pues sólo ellos han comprendido todo el valor de una ciencia de la vida que aporta la luz, la felicidad y la plenitud a todos los hombres.

Yo he aprendido de mi Maestro el arte de escuchar a los que son capaces de instruirme. El acero colocado durante un cierto tiempo cerca de un imán, se convierte él mismo en un imán. De la misma forma, los discípulos que permanecen cerca de su Maestro en un estado de receptividad, se impregnan de su fuerza, de su magnetismo, y pueden a su vez ayudar a los demás. Ante los Iniciados, debemos ser receptivos, estar atentos, ya que las menores advertencias que nos dan, nos predicen acontecimientos futuros. Desgraciadamente sus palabras no nos vienen a la memoria sino después de que los acontecimientos hayan sucedido ya.

Solamente en Oriente los seres saben mostrarse receptivos hacia los seres superiores. Los discípulos de los Maestros orientales son receptivos ante su Maestro sin temor a perder su individualidad o su libertad. El miedo a convertirse en esclavo de su Maestro no existe en la mente de un Oriental. Al contrario, está absolutamente convencido que sólo de esta manera encontrará su verdadera individualidad, su independencia.

Cuando hablo de la receptividad del discípulo para con su Maestro, no quiero decir que sólo ante los Iniciados debemos ser receptivos; no, ante el sol, los manantiales, los ríos, las estrellas y toda la naturaleza, ante todo lo que es hermoso y grande, también debemos ser receptivos; así llegamos a ser capaces de comprender y de sentir el trabajo que estos seres superiores realizan en el mundo invisible.

En casi todos los países de Europa, pero más particularmente en Francia, todo el mundo se imagina que criticando, que despreciándolo todo y a todo el mundo, que adoptando el aire superior del que lo ha comprendido todo, se manifestará nuestra verdadera individualidad. La forma bajo la que se manifiesta la independencia en nuestra época, en Occidente, revela simplemente la pereza de los seres que no quieren hacer ningún esfuerzo para escapar a sus tendencias inferiores, y su falta de psicología que les impide ver las consecuencias de sus actos.

Es verdad que se encuentran pocos Maestros en Occidente, porque este hábito generalizado de ridiculizar todas las cosas sagradas en las escenas de

los teatros, en los cabarets o en las plazas públicas, los ha expulsado a todos o a casi todos. Occidente está prácticamente privado de Maestros y si aún hay algunos, se esconden a fin de no ser molestados. La mayoría de los que pretenden ser Maestros, no solamente son incapaces de hacer nada por los demás, sino que ni siquiera saben salir de los atolladeros en los que ellos mismos se han metido.

Los Occidentales creen demasiado en la eficacia de la palabra, están convencidos que con largos discursos podrán arreglarlo todo y casi no se preocupan de la realización, de los actos. Los Maestros también creen en el poder de la palabra, pero no hablan demasiado, sólo dicen lo esencial y se preocupan ante todo de que sus palabras concuerden con sus actos. El mundo occidental se ha separado de esta profundidad interior en donde reside la sabiduría. Ha entrado en el terreno superficial y frívolo en el que se hacen interminables discursos. La mayoría de los seres con los que os encontráis os cuentan muchas cosas exteriormente, pero ninguna interiormente; sueltan palabras de las que no queda nada en vuestras almas. Mientras que los Iniciados os hablan sobre todo interiormente; por eso, en toda vuestra existencia, no podéis olvidar lo que os han dicho.

Ahora os daré un ejemplo. Un estudiante sigue unos cursos con profesores célebres y a su lado se vuelve muy erudito. Pero, un día, encuentra otra profesora más joven, sin experiencia, y sin ninguna celebridad: una joven encantadora y pura. El estudiante siente inevitablemente que esta joven le dice tantas cosas agradables, profundas, poéticas, que quiere inscribirse como alumno en su escuela y solicita el favor de ser instruido por ella. Los sabios profesores le hablaban de literatura, de biología, de astronomía, pero sus lecciones no producían en él ninguna emoción Y, por ello, no podía comprender el sentido profundo de las mismas. La lectura de los más hermosos textos le dejaba frío, pero ahora, es él quien escribe magníficos poemas... La astronomía le aburría, pero ahora es él quien tiene necesidad de contemplar las estrellas, porque compara su centelleo con el de los ojos de su profesora... A pesar de los cursos de higiene, a menudo estaba mal lavado, mal afeitado, y descuidado en su aseo; ahora, ¡oh, prodigio!, va como un pincel, lleva un nudo de corbata perfecto, el pelo bien peinado, la cara bien afeitada, y unos trajes impecables. Sus padres y sus amigos están estupefactos. Antes, se burlaba de la psicometría: no sentía nada y despreciaba a los que se decían sensibles; ahora, desde que recibe el menor pedazo de papel de su joven

profesora, lo pone sobre sus ojos, sobre su boca y sobre su corazón a fin de recoger sus ondas misteriosas. Siente las cosas más sutiles, y para él, el mundo invisible se ha convertido en una realidad. Antaño no creía en la homeopatía, pero ahora hace con ella numerosas experiencias: la joven profesora no le da más que dosis infinitesimales, un pequeño guiño, una ligera sonrisa, un débil apretón de manos, y descubre en sí mismo sus efectos potentes y maravillosos.

Lo que es curioso, es que esta joven profesora es una jurista erudita. Mediante su actitud, instruye a su alumno sobre la primera ley de su escuela: «¡No tendrás otra divinidad ante mí! Me amarás solamente a mí y no mirarás a ningún otro profesor de mi especie...». A veces la profesora se vuelve muy exigente, pero siempre es en interés de los estudios emprendidos. El estudiante cree haberse convertido en un caballero que intenta liberar a la princesa del dragón: el padre de la joven, evidentemente, que le prohíbe frecuentarla...

Si os preguntáis por qué hay tantos enamorados en el mundo, os responderé que es debido, simplemente, a que los viejos profesores han exagerado la importancia y la eficacia de las materias que enseñan y de sus métodos. Cuando la naturaleza razonable, con sus ojos vigilantes, vio las academias, las universidades y los seminarios llenos de profesores que, en nombre de su psicología y de su pedagogía insuficientes, pretendían imponer unas reglas, unas leyes y unas prescripciones que no tenían relación alguna con las suyas propias ni con las condiciones normales y sensatas de la vida, tuvo miedo. Así que envió a la tierra a jóvenes profesores de los dos sexos encargados de orientarse mutuamente hacia el amor y el sacrificio. No quiero decir con eso que los jóvenes profesores sean muy sabios; no, son como aprendices que hacen muchas tonterías y cometen numerosos errores, pero la cuestión no está ahí. Por otra parte, tampoco tengo nada que reprochar a los profesores de edad. Ser viejo, simbólicamente, significa ser sabio; ser joven significa ser hijo del amor; la juventud y la vejez son dos polos, dos expresiones: una del amor y otra de la sabiduría. Cuando utilizo tales ejemplos, os pido que tratéis de comprenderme bien.

Muchos juzgan a los demás según la extensión de sus conocimientos y rechazan a un segundo plano las fuerzas que comunican, los ímpetus que crean en los demás, el ánimo de vivir que saben insuflar a los que se les acercan. Se parecen a los que no tienen ninguna consideración para con el pan, el agua, el aire... Sin embargo, ni la filosofía, ni la ciencia, ni el arte sirven para nada si no nos alimentamos y no estamos vivos. Así pues, lo que importa

ante todo es alimentarse, estar vivo, y a continuación cursar filosofía y ciencias si se tiene el gusto y el tiempo para ello. Y en la Universidad, se les da a los estudiantes filosofía y ciencia, pero no se les alimenta. Por eso tienen las piernas vacilantes, el corazón vacío y niebla ante los ojos.

Evidentemente, hablo simbólicamente. En la escuela de los grandes Iniciados, por el contrario, se alimenta bien a los estudiantes, y cuando se han vuelto fuertes y robustos, se les da un arado, se les explica cómo labrar la tierra y se les pone a trabajar. Cuando aquí hablo de la tierra, sobreentiendo la tierra que cada hombre posee en sí mismo: su cabeza. Los que saben plantar buenas simientes en su propia tierra comerán a saciedad toda su vida; los otros sólo verán crecer cardos, espinas y abrojos que no sólo no les serán útiles sino que les perjudicarán y dañarán a los demás.

Si os encontráis hoy con alguien que os transmite un gran deseo de vivir, y si después de una conversación con él os sentís llenos de ánimo y de esperanza, sabed que eso es infinitamente más precioso que si hubieseis adquirido conocimientos filosóficos, ya que éstos, la mayoría de las veces, os desecan y os agotan. De todas maneras, cuando estéis bien dispuestos, llenos de amor, de gozo y de entusiasmo, los conocimientos vendrán por sí solos. Os aseguro que prefiero vivir cada día junto a los que me dan ímpetu, el deseo de actuar, y el amor de lo que hago, que junto a los que son sabios como enciclopedias, pero incapaces de despertar en mí el ánimo y el entusiasmo.

Muchos no aprecian más que a los ricos, a los sabios y a los gloriosos; encuentran estúpidos a los seres llenos de amor, de bondad, de indulgencia, pensando que si estos fuesen sabios cambiarían de actitud. ¡Cuán errónea es esta opinión! Si no existiesen en la tierra hombres buenos y puros, todo estaría destruido desde hace mucho tiempo. El mundo subsiste gracias a estos seres puros, a los Maestros; sin ellos todo desaparecería. Cuando estáis en relación con seres puros, nobles, grandes, sentís a su alrededor unas fuerzas que os ayudan y os dan luz. Mientras que si estáis en contacto con hombres impuros, injustos y miserables, sentís que todo tipo de desgracias van a caer encima. La sabiduría popular dice que por donde pasa el malvado, la hierba no vuelve a crecer. En efecto, de él emanan vibraciones y fuerzas destructivas. Actualmente aún no se reconoce el valor de los hombres buenos, honestos, virtuosos; pero vendrá un día en el que se apreciará.

Lo que voy a contaros sucedió en Varna, Bulgaria, en los primeros tiempos en que conocí al Maestro e iba a visitarle. Era durante la guerra de los Balcanes. Tenía 17 años. Ya había ido a menudo a casa del Maestro, pero cuando uno está junto a él se olvida del tiempo. Esa tarde habíamos hablado mucho, y me había retrasado, había sobrepasado ampliamente la hora del toque de queda. En esa época los agentes hacían rondas por las calles, durante la noche, y detenían a los transeúntes que se retrasaban para conducirles al puesto de policía. Yo me había retrasado, y en la esquina de una calle, dos guardias a caballo me detuvieron diciendo: -¿A dónde va usted a estas horas? -Vuelvo a casa. Y tuve que seguirles. Caminaba pensando en el Maestro y estaba tan contento de nuestra conversación que me daba igual pasar la noche en la cárcel... De repente, sin razón alguna, los guardias cambiaron de actitud y me dijeron: -Váyase, vaya a su casa... Le acompañaremos un trecho para que no le detengan otros guardias, pero no vuelva a salir a estas horas.

Me alegró mucho ese cambio de actitud, pero a la mañana siguiente ya había olvidado el incidente. Unos días después volvía a ver al Maestro. Me recibió sonriente y me dijo: -¿Qué pasó la otra noche? ¿Los guardias fueron amables, verdad? - ¡Cómo, Maestro! ¿Sabe lo que pasó? ¿Qué hizo? - Dije a los guardias: dejadle ir tranquilamente a su casa, es un buen discípulo. Después de ese incidente comprendí cuán fácil es para el Maestro hablar así con el mundo invisible. Los que se plantean preguntas sobre la realidad del pensamiento: si puede viajar en el espacio, si los cerebros humanos están preparados para recibirlo, reflexionarán sobre estos hechos. El Maestro dijo a los guardias: -Es un buen discípulo, dejadle-, y su alma obedeció, ya que las llamadas de un Maestro son órdenes.

A veces, cuando hablábamos los dos, el Maestro miraba al cielo donde observaba las figuras dibujadas por las nubes. -Mikhaël, me decía, esta tarde van a venir tres personas de Sofía para verme. -¿Cómo lo ve, Maestro? -Las nubes lo anuncian, me respondía, vienen a prevenirme. En qué lenguaje, no lo sé, pero gracias al Maestro aprendí muchas cosas sobre esta cuestión. Me explicó que según sean las nubes que se ven encima de una ciudad, puede incluso conocerse la calidad de las almas que la habitan. Existen en el mundo invisible signos que los Iniciados pueden distinguir e interpretar. Cuando una ciudad es impura, está rodeada de emanaciones malsanas que las buenas corrientes ya no pueden atravesar, y las desgracias caen sobre ella. El mismo

fenómeno se produce con el aura humana; si uno es impuro, opaco, nada de lo que el mundo divino le envía puede penetrar en su ser, y sufre.

En el mundo invisible, todo hombre está acompañado por entidades, y si estas entidades son benéficas, le preparan el camino allá donde vaya, pero si estas entidades son maléficas, en vez de arreglarlo todo, se oponen, y causan perjuicios a todo lo que emprende. El que es un verdadero rey va precedido, dondequiera que vaya, por servidores que preparan su llegada. Cuando él llega, todo está dispuesto, ya que es rey; pero el mendigo, es decir, el que es interiormente pobre en virtudes, no debe esperar ser bien acogido donde vaya. El secreto de la vida verdadera es el de no buscar otra cosa que ser el rey de sí mismo, un rey que domina sus propios pensamientos, sus sentimientos y sus actos. Tenemos dentro de nosotros mismos un pueblo inmenso al que debemos saber gobernar. Pero otro día os hablaré sobre este tema.

El que es realmente rey de sus deseos y de sus tendencias, siempre va precedido por seres que preparan todas las condiciones para él. Si queréis ejecutar un trabajo sin vigilar vuestros pensamientos y vuestros sentimientos, éstos destruirán vuestros proyectos porque entrarán en los cerebros de vuestros amigos y de vuestros allegados y trabajarán contra vosotros. Reflexionad un poco sobre eso y comprenderéis que si tenéis adversarios, vosotros sois los que los habéis suscitado y enviado al espacio, y ahora luchan contra vosotros a través de los cerebros de aquellos en quienes han entrado. Evidentemente, hay excepciones. Los seres de élite, los grandes Maestros que trabajan para la evolución de la humanidad, tienen a menudo enemigos y son perseguidos porque los dos principios del bien y del mal se manifiestan y luchan sin cesar en el mundo. Los que trabajan para la luz saben que despertarán a las fuerzas de las tinieblas, porque al querer mejorar el mundo afectarán a los intereses de individuos que no lo soportarán y tratarán por todos los medios de replicar. Ya os lo dije, esto es lo que también ha sucedido con el Maestro: su vida de sabiduría, su desinterés, su rectitud, han perturbado los intereses de un gran número de personas. La luz es siempre temible para aquellos que viven en la oscuridad, porque allí donde la luz brille, serán vistos y reconocidos.

Un día, vi llegar a mi casa a uno de mis amigos que era actor y también discípulo del Maestro. Me dijo con voz temblorosa: «Hermano Mikhaël, imagínate que ha venido a Varna un director de teatro que quiere hacer interpretar una obra escrita contra nuestro Maestro. Sabes que soy empleado en la compañía de este teatro y me verá, por lo tanto, obligado a interpretar



esta obra en la que se ridiculiza al Maestro y a la Fraternidad. ¿Qué puedo hacer?» Yo dije a mi amigo: -Estate tranquilo. El mundo invisible es poderoso y lo arreglará todo. Pero si puedes, vete a ver a ese director y explícale que no debe hacer interpretar esta obra porque no está permitido burlarse de las personas verdaderamente santas, justas y buenas. Dile que no conoce las leyes: reírse de los criminales no es grave, y hasta, a veces, es útil: pero reírse de los seres luminosos y puros es peligroso.

Yo estaba totalmente tranquilo, seguro de que esta obra no se interpretaría. Mi amigo habló con el director, que le escuchó, pero no tuvo en cuenta en absoluto sus consejos, y los ensayos continuaron. Y llegó la víspera del día en que la obra debía ser interpretada; era el último ensayo... Vi llegar a mi amigo corriendo, y me dijo: -¡Hermano Mikhaël!, no sabes lo que ha pasado... Cuando ensayábamos, el director ha caído fulminado por la ruptura de una arteria del cuello; los médicos están junto a él, en el escenario, tratando de parar la hemorragia. Yo respondí: -No es grave, pero dile al director que me gustaría hablarle. Aceptó verme y pedí quedarme a solas con él. A su mujer no le gustaba el asunto, pero terminó por aceptar y nos dejó solos. Cuando entré en la habitación, le miré con dulzura; estaba visiblemente descompuesto. Tenía hielo sobre la garganta, no se movía, no podía hablar y se contentaba con mirarme. Apaciblemente y con mucho amor le dije: -Puede curarse, pero a condición de que me haga la promesa de que no se va a interpretar esta obra. Hay muchas otras. ¿Por qué querer ganar dinero con ésta? Al interpretarla, obra contra aquellos que traen al mundo algo puro y luminoso. Está enfermo porque quiere hacer representar esta obra y no tiene derecho a ello. Le expliqué entonces ciertas leyes del mundo espiritual y lo que él arriesgaba. Como estaba muy débil, también era más receptivo; comprendió y me prometió que no haría interpretar la obra. Yo estaba contento y me fui. Al día siguiente el director estaba curado. Pero al cabo de unos días, su mujer, que era actriz y actuaba en esa obra, se puso a burlarse de él, a decirle que la promesa que había hecho era estúpida, y que su curación no tenía ninguna relación con la promesa. Se dejó convencer y decidió reanudar los ensayos. Pero al primer ensayo, el mismo accidente le fulminó; entonces comprendió totalmente y renunció definitivamente a interpretar la obra. Los habitantes de Varna no tuvieron, pues, el placer de verla.

En una determinada época, yo vivía con uno de mis amigos. Un día, a mi regreso, me dijo que un ladrón se había introducido en la casa durante

nuestra ausencia y que se había llevado muchos objetos, entre otros un aparato de radio y un reloj que me pertenecían. Yo reflexioné y le dije a mi amigo: -No nos atormentemos. Si los objetos son verdaderamente nuestros, los recuperaremos. Pues había oído decir al Maestro que cuando un ladrón viene a sustraernos objetos, se debe, a menudo, a que no son nuestros y a que en una vida anterior nos hemos portado mal con ese ladrón: o bien le hemos sustraído ciertas cosas o bien le hemos impedido adquirirlas. Sólo que, a veces, los ladrones se equivocan; vienen a buscar objetos que creen que les pertenecen pero que, en realidad, no les pertenecen. En caso de que el ladrón se haya equivocado, la policía del mundo invisible, que repara los errores, puede devolvemos los objetos; pero en el caso de que se haya llevado lo que le correspondía, no los encontramos jamás. Por eso respondí a mi amigo que si los objetos eran nuestros, los recuperaríamos ciertamente, pero que si no los encontrábamos es porque no nos pertenecían y que no debíamos lamentarnos. Mi amigo era muy inteligente, pero además tenía un gran espíritu práctico y encontró que mis bromas estaban fuera de lugar y que era preferible ir a denunciar el hecho a la comisaría de policía en donde dio su nombre y el mío. Dos días más tarde fui convocado a la comisaría. Fui y el comisario me dijo al verme: “-Vd. es un discípulo del Señor Dunov, ¿verdad? - Sí, ¿en qué lo ve? -En su rostro. -Pero, ¿Vd. conoce al Maestro Dunov? -Sí, le conozco y le contaré cómo. Y, olvidando al ladrón, empezó: -¡Qué dichoso es Vd. de tener semejante Maestro! ¿Que por qué lo pienso?.. Por lo siguiente: durante la guerra me encontraba en el frente de Macedonia y mi padre era gobernador de Varna. Era muy difícil entonces enviar o recibir cartas del frente y mi padre no tenía noticias mías. Cuando se enteró de que su Maestro estaba también en Varna, fue a verle para pedirle si podía decirle dónde me encontraba. El Maestro cerró un instante los ojos para buscarme y después dijo: -Ahora su hijo se encuentra en un bosque con unos camaradas; se esconden porque unos aviones sobrevuelan el bosque echando bombas, y tienen miedo porque este lugar es peligroso. También hay agua que discurre cerca de ellos... Ahora acaba de caer una bomba en el lugar donde se esconden... Su hijo está herido, pero no mortalmente. Se salvará, esté tranquilo, puedo asegurarle que no morirá y que pronto volverá a Varna. Vaya a esperarle a la estación tal día, (el Maestro precisó el día y la hora); llegará ese día trayendo un pescado. Mi padre estaba muy conmovido... El día indicado por el Maestro fue a esperarme a la estación con unos amigos y tuvo la alegría de verme llegar. Más adelante mi padre me condujo a ver al Maestro para que estudiase mi cabeza (el

Maestro es, en efecto, un frenólogo muy bueno); no recuerdo muy bien lo que dijo de mí, pues en aquella época yo era despreocupado e incapaz de comprender lo que su Maestro pudiera decir...”

Después de este relato, el comisario me pidió precisiones acerca del robo del que habíamos sido víctimas mi amigo y yo... Me prometió hacer lo necesario para encontrar al ladrón y volví a casa. Solamente deseaba recuperar mi reloj y he ahí la razón: era un reloj de plata que tenía por lo menos cincuenta años (había pertenecido a mi abuelo); pero todo su valor provenía de que indicaba, para cada hora, la influencia del planeta que actuaba. Yo había preparado este cuadrante astrológico con la ayuda de los cálculos apropiados, y bastaba con echar un vistazo sobre este cuadrante para conocer la influencia planetaria. Por eso deseaba recuperar mi reloj. Y lo recuperé. El ladrón era un muchacho pobre. Traté de hablarle para conmover su corazón y pedí luego al comisario que no lo maltratase, diciéndole que era una víctima de las condiciones sociales, que era pobre, que estaba hambriento... Mis argumentos no le parecieron muy convincentes, pero me prometió que no le maltrataría. Al volver a casa le dije a mi amigo: -Ves, la policía del mundo invisible hace bien su trabajo; ha descubierto que este robo era un error-. Me abrazó de alegría porque era él quien había perdido más objetos.

Un día, en Sofía, encontré a un notable y célebre escritor que me dijo: “-Hábleme de su Maestro. Yo le conocí. Debe tener ahora una edad muy avanzada; cuénteme lo que hace. Cuando estaba aún en el Instituto, fuimos a verle un camarada y yo, pues habíamos oído decir que era un gran frenólogo y queríamos conocer cuál era nuestro futuro. Nos miró sonriente y me dijo: -Vd. tiene una salud frágil, pero llegará a ser un gran escritor. Yo estaba muy extrañado porque, en esta época, quería ser negociante y no tenía el más mínimo deseo de escribir. Y a mi camarada que deseaba, por el contrario, llegar a ser escritor, le dijo que se dedicaría más tarde al comercio, lo que le dejó, evidentemente, bastante descontento. Todas las predicciones que nos hizo se han realizado. Presento mis respetos a su Maestro pues le tengo en gran estima.”

Cuando acampábamos en la montaña, cerca de los siete lagos de Rila, el Maestro nos mandaba realizar, a veces, ciertos ejercicios. No puedo describíroslos todos y me contentaré mencionándoos uno que puede parecer raro y que sólo puede comprenderse si se conocen ciertas leyes de la ciencia iniciática. El Maestro nos decía: -Id al lago y sacad agua de él que iréis a

verter a continuación sobre las grandes piedras que están cerca del borde. Hacedlo diez veces seguidas-. Nosotros íbamos a hacer esto con gran alegría, ya que sabíamos que todas las tareas que nos daba el Maestro tenían una utilidad y un sentido.

Nosotros estamos relacionados con todos los reinos de la naturaleza y en particular con el de los minerales, pero únicamente los Iniciados pueden distinguir tales relaciones. Estamos relacionados con las piedras y con las plantas que hay quizás en América o en Australia, y si alguien las desplaza, las rompe o las corta, los que están relacionados con ellas sufren. Lo mismo sucede con los animales: al matarles para comérmolos, sin sospecharlo hacemos sufrir a muchos seres y podemos ser incluso la causa de su muerte.

Yo tenía en Bulgaria un amigo que poseía un jardín magnífico con toda clase de plantas y de árboles frutales. Un día decidió cortar un grupo de árboles con el fin de poder construirse una casa en este emplazamiento. Ahora bien, uno de sus amigos tenía predilección por un peral que se debía cortar y que daba unas frutas magníficas; estaba ligado a este árbol por un afecto muy fuerte sin comprender, por otra parte, por qué. Cuando se enteró de que iban a cortar el árbol que amaba, le suplicó a su amigo que no lo hiciera, pero no consiguió convencerle y el peral fue cortado junto con los demás árboles. Muy poco tiempo después el amigo cayó gravemente enfermo y murió.

Quisiera disponer de más tiempo para daros todavía otros ejemplos, pues hay muchos. En cuando al ejercicio que el Maestro nos mandó hacer, estoy seguro que era una ayuda, sin que ellos sospecharan de dónde procedía, para los seres vinculados a las piedras sobre las que derramábamos el agua del lago. Puede ser que en aquel momento se sintieran curados o vivificados. Yo así lo creo, ya que estas leyes son reales. No hago sino abrir para vosotros una pequeña ventana. Meditad sobre las conexiones que existen entre nosotros y los diferentes reinos de la naturaleza.

En la Fraternidad de Sofía, teníamos una hermana belga que poseía un perro de gran tamaño. Cuando este perro ladraba, hacía temblar a todo el mundo; no era malo, pero sí sorprendente. Un día el Maestro nos dijo: -Mirad este perro; el que está ligado a él fue en el pasado, en la Atlántida, un gran mago negro que hizo mucho daño. Ved cuán implacables son las leyes; este mago negro está ahora en un perro-. Para verificar esto unos hermanos dibujaron delante del perro figuras mágicas sobre el suelo, y el perro, en

efecto, tuvo unas reacciones extraordinarias; se comportó como si quisiera manifestar todos los poderes que poseía antaño.

Puesto que hablamos del lago os voy a contar otro hecho extraordinario de difícil explicación. Un año, estábamos en las montañas de Rila un amigo músico y yo; yo también me había llevado mi violín, y cuando el cielo era hermoso, por la noche, tocábamos y cantábamos. Una tarde, mi amigo tocaba una serenata magnífica: la leyenda de Veniavski. Estábamos junto a un lago hermoso, y se acercaron unos turistas, atraídos sin duda por los sonos del violín. Unos se sentaron en la hierba para hablar con nosotros, y otros, más numerosos, fueron a lavarse los pies en el lago. Mi amigo y yo nunca hacíamos eso. Por la mañana y por la tarde sacábamos agua e íbamos a lavarnos sobre la hierba. En los lagos de las montañas viven unos seres muy puros, sensibles y muy elevados, y si no somos atentos para con ellos, les irritamos. Sólo les gustan los discípulos que comprenden el lado viviente de la naturaleza y lo respetan. Os decía, pues, que mientras que hablábamos con algunas de estas personas, los demás se habían ido a lavarse los pies en el lago. Al cabo de un rato se fueron todos.

Pues bien, he ahí que al día siguiente, cuando mi amigo y yo volvimos junto al lago, éste había desaparecido... Sí, el lago había desaparecido, allí no había más que una extensión de piedras secas. Nos frotamos los ojos, completamente asombrados, y entramos en lo que había sido el lago para ver si existía un agujero, una fisura por la que el agua hubiera podido desaparecer; pero no encontramos nada y habíase dicho que el lago estaba completamente seco desde hacía meses. ¿Qué había pasado? Permanecimos largo rato reflexionando y no encontramos sino una explicación posible: la impureza o la maldad de algunos de los turistas que se habían lavado en el lago era la causa de su desaparición; los seres invisibles de la naturaleza lo habían transportado a otro lugar. Me objetaréis que es imposible, que la ciencia no admite tales explicaciones... Puede ser, pero la ciencia no lo ha estudiado todo, ignora muchas cosas y no sabe interpretar muchas otras. Y creedme, no invento nada. Hablo delante de vosotros y del mundo invisible que me escucha y que sabe que os digo la verdad. En cuanto a la interpretación que yo doy a este fenómeno, podéis no creerla. Pero lo que es verdad, es que el hombre, con sus maldades, puede perturbar a la naturaleza.

Habéis leído en los cuentos que, por todas partes por donde pasaban, ciertos seres destruían la vegetación, y hacían enfermar a los animales, y hasta

a los hombres. Ante su presencia, toda vida normal cesaba, no había sino catástrofes y desolación... Tales seres no existen únicamente en los cuentos, los encontramos todavía en nuestros días, y para una familia, una sociedad, una nación, la mayor maldición es tener en su seno a estos portadores de influencias nefastas.

Hace algunos años los periódicos hablaron de un artista célebre que poseía un extraordinario poder en la mirada. Era uno de los mejores cantantes de ópera de Europa. Interpretaba un papel en el que debía maldecir a su amante. En la primera representación, encarnó su papel con una convicción tal y con tanto ardor que cuando maldijo a la cantante, la mirada que le lanzó la hizo caer desvanecida. Cuando la levantaron estaba muerta. El cantante sospechó quizá que había una relación entre la maldición y la muerte de la cantante ya que en la representación siguiente decidió no mirar a la que maldecía sino levantar la vista hacia el techo. Pero esta vez, cuando el artista gritó la maldición, se vio caer en medio de la escena el cuerpo de un tramoyista que había recibido la mirada del cantante. La representación fue interrumpida de nuevo en medio de la agitación que os podéis imaginar. Nadie vio todavía la relación entre el accidente y la maldición; pero el infeliz cantante que tenía conciencia de ella decidió, la vez siguiente, mirar hacia un palco que sabía que debería estar vacío durante toda la representación. La velada transcurrió sin incidentes. Sin embargo, después de la representación, encontraron en el palco a una condesa muerta, desplomada al fondo del mismo: había llegado con mucho retraso y, al ver este palco vacío, había entrado en él para no molestar a nadie. El director del teatro, impresionado por tantos accidentes mortales, hizo prohibir la representación de esa ópera.

El Maestro nos contó que había visto en Estados Unidos a una joven que poseía un poder magnético extraordinario. Varias personas sostenían fuertemente un gran trozo de madera que se retorció solamente con pasar ella su mano por encima... Cuando pasaba la mano por segunda vez, se rompía a trocitos. Otros muchos hechos revelan también, en menor medida, la influencia de los seres. Ante la proximidad de los ladrones o de los criminales las abejas desaparecen de su colmena. Las abejas son extremadamente sensibles a las emanaciones de los seres perversos y huyen a otros lugares para evitados. Será un buen trabajo para los sabios del futuro investigar como unos insectos tan pequeños son capaces de distinguir a los ladrones y mentirosos de las personas honestas.

Pero os contaré aún otra anécdota. Hace muchos años, un amigo y yo fuimos a pasar algún tiempo cerca de un lago llamado «El Altar». Nos quedamos tres semanas cerca de este lago para meditar, estudiar, tocar el violín, cantar... El Maestro nos había enseñado que en las montañas, viven unos seres muy elevados a los que no les gusta que se destruya la atmósfera pura en la que se bañan. Así que cuidábamos mucho nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestra actitud. Habíamos tenido tres semanas de tiempo espléndido, lo que era un verdadero milagro porque en la cumbre donde estábamos el tiempo es extremadamente variable. Pasadas estas tres semanas, aparecieron nubes y el cielo se ensombreció cada vez más. La naturaleza entera quería decirnos: «Ya basta, debéis iros, pues tenemos otro trabajo que hacer. No teníamos tienda y la lluvia ya empezaba a caer. Se nos ocurrió entonces la idea de pronunciar unas palabras para ver si la naturaleza nos oiría y dijimos: -¡Vosotros que sois nuestros amigos, oídnos! No estamos preparados para irnos, dadnos tiempo para hacer las maletas. Ante nuestro asombro, la lluvia cesó instantáneamente; recogimos todo lo que habíamos llevado y cerramos nuestras mochilas. Todo estaba listo, estábamos contentos de la calma momentánea que nos había sido concedida y pensamos: -Quizá no llueva más, sólo eran unas gotas, podemos quedarnos todavía... Apenas habíamos formulado este pensamiento, empezó a llover con una violencia extraordinaria. Nos fuimos inmediatamente; hacía mucho frío y durante seis horas, tuvimos que caminar bajo la tempestad. La naturaleza está llena de seres inteligentes, buenos y poderosos, que nos castigaban por haber tenido la intención de quedarnos a pesar de sus advertencias... Os doy libertad para que penséis lo que queráis sobre esta historia.

La influencia que los seres pueden tener, los unos sobre los otros, o sobre las cosas, se manifiesta bajo muchas formas. Tenéis, por ejemplo, un amigo muy puro, inocente y límpido como un lago de montaña, y derramáis sobre él vuestras impurezas... Dicho de otra forma, os laváis los pies en el agua clara de este lago. Muy pocos seres se paran a reflexionar antes de actuar. ¡Qué desarrollo interior se necesita para no echarse con avidez, codicia y glotonería sobre un alma bella y pura! No es extraño que después se produzcan decepciones, separaciones y disgustos. Muy pocas personas saben respetar un alma bella para poder sentir cada día, gracias a ella, inspiraciones y entusiasmos, y tener ocasiones de alegrarse y de crear. Sin embargo se es recompensado mil veces más por proteger a un alma que por apresurarse a

mancillarla y a hacerla desaparecer. Muchas tragedias tienen su origen en una mala comprensión de esta cuestión.

La belleza y la pureza pueden hacernos felices y hasta resucitarnos si sabemos contemplarlas sin empañarlas. Los humanos se equivocan al creer que el mundo de la belleza puede ser poseído. Nadie pudo jamás apoderarse de la belleza; en cuanto nos aproximamos a ella para tocada, se aleja y desaparece. La belleza es un mundo que está hecho exclusivamente para los ojos; no está destinada ni a la boca ni a las manos. A la belleza le gusta ser contemplada pero sin ser tocada. Bienaventurados los que pueden comprender y aplicar estas grandes reglas concernientes a la belleza, ya que el gozo, la felicidad y la paz dependen del respeto que se tenga por la belleza y la pureza. Os explicaré en otra ocasión la medida, la distancia, la dosis, las proporciones que hay que observar. Debemos ser muy cuidadosos con los seres bellos y puros, y que con nuestra actitud podemos expulsar a las entidades que los habitan, y si éstas se alejan, también nosotros sufriremos y toda inspiración desaparecerá. Aquel que cada día contempla la belleza, canta y vive.

Tengo un amigo en Bulgaria que es profesor e historiador. Se trata de un ser muy sincero y un día me dijo esto: -Hermano Mikhaël, hay una cosa que quisiera contarte. La he guardado durante mucho tiempo dentro de mí, preciosamente, pero quisiera confiártela. Tú sabes que tuve una mujer, un hijo, riquezas, y que lo perdí todo. Durante años mi vida no fue más que una sucesión de pruebas que me hicieron sufrir mucho y yo no podía comprender por qué el destino se encarnizaba tanto conmigo. Un día que sufría mucho, fui al bosque que hay al lado de nuestra colonia de Izgrev. Me escondí entre los árboles y me puse a llorar. De repente, oí detrás de mí los pasos de alguien que se acercaba. No quería que me viesan en ese estado y, al volverme, divisé al Maestro que llegaba tranquilamente. Visiblemente sabía que yo estaba allí. Se paró y me dijo: -¿Qué haces aquí? ¿Qué tienes? - Maestro mío, lloro porque he sufrido mucho. - Lo sé, pero estate tranquilo, todo se arreglará. Después, me miró sonriendo y me dijo: -¿Te acuerdas de que cuando perdiste tal cosa sufriste? - Sí, Maestro, lo recuerdo. - Bien, pero, ¿después de ese sufrimiento, comprendiste tal ley? - Sí, Maestro. - Bueno, y ahora ¿te acuerdas de aquel año en que también perdiste tal cosa y sufriste mucho? - Sí. - Y, ¿fue entonces cuando comprendiste tal otra ley? -Pues bien, es preciso que sepas que yo te envié esas pruebas... Lo más sorprendente es que el Maestro hacía alusión a sucesos ocurridos muchos años antes de que mi amigo conociese su



existencia, y que únicamente él y su mujer, que estaba muerta, habían conocido y vivido.

Y el Maestro continuó: -¿Has comprendido ahora? Te voy a decir por qué te mandé estas pruebas. Porque en tu Karma tenías aún grandes deudas que pagar y no podías comprender los grandes misterios de la vida si no las pagabas. Entonces, para que evolucionaras más rápidamente, cambié algo en tu destino. Ahora, estate tranquilo, todo se arreglará.

Sería demasiado largo explicaros aquí todos los casos en que los grandes Maestros pueden intervenir en el curso de vuestra vida. Ordinariamente no lo hacen; respetan las leyes del destino. Si algunas veces intervienen, es por razones que sobrepasan a nuestra comprensión. No podemos evitar pagar nuestras deudas; podemos hacerlo más o menos rápidamente, pero debemos hacerlo. Sólo que debemos saber que, para nuestra evolución, es preferible liquidar ciertas cosas más pronto, y en estos casos, a veces, los Maestros intervienen.

Ocurre que el Maestro cambia el destino de ciertos discípulos a fin de liberarles de circunstancias que aprisionan, como una ganga, los grandes impulsos hacia la verdad, la sabiduría y el amor que están dentro de ellos. Pero, para merecer esto, es necesario que los discípulos busquen sinceramente la luz. Un Maestro no cambia el destino a todo el mundo, lo hace para aquellos que lo merecen verdaderamente, si no, ni siquiera sería útil. Con corazones muertos e intelectos oscurecidos, no cambiaremos, ni siquiera junto a un Maestro.

Hace muchos años, cuando aún era muy joven, el Maestro me pidió que hiciera la ascensión del Moussala durante la noche. Para ello había que atravesar el bosque, un bosque en el que viven osos, jabalíes y lobos, y donde, por la noche, es casi imposible encontrar el camino. Además, debía escoger una noche oscura y sin luna y, en ese bosque, los abetos son muy altos y están muy juntos entre sí. De día, había hecho a menudo la ascensión del Moussala, pero de noche y en estas condiciones, me preguntaba cómo lograría guiarme.

El Maestro me había dicho: -Esta experiencia te hará comprender muchas cosas... Porque sólo comprendemos de verdad cuando hacemos ejercicios y nos encontramos privados de apoyo. A veces el mundo invisible nos deja sin sostén, sin dinero, sin nada, a fin de que descubramos un apoyo en el centro de nosotros mismos: Dios. Entonces, las fuerzas psíquicas superiores

se acrecientan en nosotros, porque cuando tenemos fe en las realidades invisibles, reforzamos nuestras posibilidades espirituales.

Así pues, tal como el Maestro me lo había pedido, esperé una noche sin luna. Tomé provisiones para el camino y un bastón, no para defenderme contra los osos, ya que eso no habría sido suficiente, sino para ayudarme a caminar, y partí. Cuando entré en el bosque, experimenté unas sensaciones que podéis fácilmente adivinar. No se trataba de miedo, pues había hecho ya experiencias asombrosas junto al Maestro y sabía con certeza que él estaría allí, cerca de mí, y que me ayudaría. Si no hubiese sabido esto, ciertamente no habría ido. Lo que más me impresionó fue el silencio y la oscuridad. Si hubiese habido alguien a mi lado me hubiera sido imposible verlo. El camino estaba bordeado por un barranco sin nada para protegerme de una caída. ¿Cómo no errar el sendero? Marché a tientas en esta oscuridad espesa en la que mi imaginación veía sin cesar jabalíes, osos y toda clase de peligros. En determinado momento me detuve y empecé a rezar. Os aseguro que en semejantes momentos se reza con fervor; sentí que nunca había rezado así. Unos instantes después de esta ardiente oración vi una luz que iluminaba unos dos metros de camino delante de mí. Caminaba, desde entonces, en la claridad y lleno de gozo. Cantaba, y sentía que algo se movía dentro de mí como si estuviera atravesado por una nueva corriente.

Después de algunas horas de marcha, oí de repente los ladridos de dos perros. Comprendí por sus ladridos que se trataba de unos perros enormes, como los hay en los bosques de Bulgaria, y que pueden fácilmente saltar sobre un hombre y matarlo. Me detuve y pensé: -¡Dos perros! ¿Qué significa eso? ¿Qué debo hacer? ¿Volver atrás? No, ya que ciertamente me perseguirían y mi bastón no puede servir para defenderme... No tengo otra salida que ir a su encuentro-. Escuché cómo se aproximaban; sus ladridos indicaban claramente que me habían oído y que me buscaban. Comprendí más tarde que venían de un aserradero situado no lejos de allí, en el bosque, que estaban encargados de guardar. Me conecté con el mundo invisible, con los hermanos de la Fraternidad Blanca, con el Maestro, con la luz, y me puse a caminar rápidamente en dirección a los perros con la seguridad de que la luz me protegería. Entonces sentí que ocurriría algo decisivo.

El día empezaba a amanecer y pronto los perros estuvieron a una distancia desde la que podían verme. Corrían hacia mí dando terribles ladridos... A los dos o tres metros, se pararon para saltar sobre mí. Eran del

tamaño de unos pequeños asnos, uno blanco, otro gris... Todo sucedió entonces muy rápidamente y las palabras son lentas para contarlos. Con sus grandes fauces abiertas, amenazadoras, los perros iban a saltar, pero como yo me sentía lleno de luz y de confianza, lancé mi mano derecha en dirección suya con una fuerza inaudita. Fue un instante excepcional en el que percibí la presencia de entidades invisibles y del Maestro, y lo que vi entonces basta para probarme la existencia del mundo divino, aunque nunca hubiera recibido otras pruebas de él. En el momento en que lancé mi mano hacia delante, oí que los perros lanzaban un aullido atroz, desgarrador, y levantados ambos por un poder invisible fueron literalmente proyectados a algunos metros de mí. Después, tirados en el suelo, en una actitud aterrorizada, permanecieron inmóviles, silenciosos, sin mirarme.

Entonces tomé aliento. No tenía ningún temor y hablé a los perros diciéndoles: -Siento mucho haberos sacudido, pero debíais discernir que yo era un discípulo y no querer impedir que pasase echándoos sobre mí-. Cuando vi que seguían sin moverse y que no me harían ningún daño, sentí una alegría inmensa y permanecí unos minutos inmóvil en aquel lugar para dar gracias al Cielo. Debéis saber que el discípulo tiene derecho a protegerse con ayuda de la luz. Si el adversario no acepta la luz que le es enviada para iluminarle, el mal que hay en él se revuelve contra sí mismo por el poder de la pureza y la divinidad de la luz.

Después de estos instantes de reposo, transcurridos al lado de los perros, me sentí fatigado como si toda mi fuerza me hubiese abandonado. Me puse en camino penosamente y después me senté sobre una piedra, agotado, para rezar y dar gracias a las criaturas del mundo invisible que me habían ayudado; luego me fui lentamente, y después de varias horas de marcha, alcancé la cumbre del Moussala justo en el momento en que salía el sol. Agradecí mucho, muchísimo, el encontrarme de nuevo con el sol...

Esta experiencia me hizo comprender que un gran número de sufrimientos y de pruebas en la vida nos son enviadas por el mundo invisible para obligarnos a contar con las fuerzas espirituales que están en nosotros. Cuando somos ricos y estamos ahítos, colmados de bienes, nos quedamos en la superficie de las cosas, mientras que en el aislamiento y la tristeza empezamos a apoyarnos en el Ser supremo que vive dentro de nosotros. Este era el papel de las Iniciaciones en la Antigüedad: enseñar al hombre a entrar en sí mismo para encontrar ahí las verdaderas riquezas, la verdadera fuerza, el

verdadero sostén. Antaño las Iniciaciones se realizaban en los templos; ahora se practican en la vida diaria, en el momento en que menos se espera. Pero todos pasarán a través de la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Siento que pensáis: -Pero, ¿por qué el mundo invisible no nos previene por adelantado de las pruebas que tendremos que atravesar? - Pues porque así, de improviso, nos vemos obligados a entrar más profundamente en nosotros mismos y a hacer mayores esfuerzos. Todos tenéis que atravesar pruebas, pero ¡alegraos! En las iniciaciones de la Antigüedad, el que debía pasar a través del fuego franqueaba en realidad una hoguera artificial, pero él no lo sabía y la creía real. Si tenía miedo, no era digno de la iniciación y se le despedía, pero el que era osado, audaz, y estaba lleno de fe, pasaba a través del fuego y luego descubría que éste no era más que una ilusión. Todas las pruebas de la vida son imaginarias. Antes de atravesadas pensamos: -Es terrible, voy a sufrir enormemente. Pero si sabemos vivirlas como Dios manda, estas pruebas no nos parecen tan difíciles. Así pues, si pasamos pruebas, debemos alegrarnos de ello.

Antes de terminar quisiera contaros una historia. Erase una vez un rey que se había ido a pasear por el mercado. Mientras observaba a los vendedores, oyó a uno que gritaba: -¡Vendo sabiduría, vendo sabiduría! El rey, muy extrañado, se le acercó y le dijo: -¿Así que vendes sabiduría? ¿Por cuánto me la puedes dar? -Por 100 escudos, por 1.000 escudos o por 10.000 escudos, respondió el comerciante. El rey sonrió y pidió el equivalente de 10.000 escudos. - De 10.000 escudos, dijo el comerciante... -Bueno, está bien, ahí la tienes, haz lo que hazas, piensa en las consecuencias. El rey estaba un poco asombrado de pagar tan caro un consejo que le parecía tan simple, pero se rió de buena gana y regresó a su palacio repitiendo su frase.

Al día siguiente, continuaba repitiendo para bromear: «Haz lo que hazas, piensa en las consecuencias». Pues bien, llegó la hora en que debía afeitarse su barbero. El barbero entró, lo preparó todo como de costumbre, y tomó su navaja para comenzar su trabajo. Entonces el rey, acordándose de la frase que había comprado en el mercado, quiso bromear y dijo al barbero en tono grave y sentencioso: -Haz lo que hazas, piensa en las consecuencias. Entonces, con gran estupor, vio que el barbero caía de rodillas ante él diciendo: -Perdonadme, Señor, los otros son los culpables, son los ministros los que exigen que os degüelle, no soy yo... El rey disimuló su sorpresa, aparentó estar al corriente del asunto y se hizo contar el complot. El barbero lo

contó todo, y el rey castigó a los ministros. Si no hubiese comprado 10.000 escudos de sabiduría, habría sido degollado.

A veces, un solo pensamiento puede ayudarnos más que todos los conocimientos científicos que poseemos, si este pensamiento es el de un sabio, de un Maestro. Debemos saber cuáles son los pensamientos que nos salvan y los que nos pierden. Cada día, dentro de nosotros, los ministros que se han reunido para decidir nuestra destrucción nos mandan a unos barberos. Ya no somos reyes. Todas las pasiones conspiran contra nosotros. Si no estamos protegidos, si no repetimos en todo momento la frase del sabio, seremos degollados, y bien degollados. Mientras que si pronunciamos fórmulas profundas y sabias, los seres que se acerquen a nosotros para matarnos o para traernos desgracias, no osarán actuar.

Esta tarde no tengo tiempo para seguir hablando del Maestro, cuya Enseñanza he venido a traer a Francia, pero reflexionad sobre lo que os he dicho hoy y comprenderéis muchas cosas.

